

sacudida por el espasmo anormal y agudísimo, que mata al hijo. Entonces no vaciló más; volvió hacia los boulevares; sentía un deseo invencible de aquella mujer. Su carne ardía pensando en los fraudes diabólicos que producían una voluptuosidad jamás sentida. Se levantaba de las brumas que envolvía su razón, como una maga magnífica, que sabía los secretos del placer intenso, vertiendo a los hombres la demencia que palpitaba en su roja cabellera, en sus labios más rojos, en su cuerpo de diosa, cuyo perfume le embriagaba.

Y aquella mujer le esperaba, y, para poseerla, bastaba que llamara al hotel de la calle Marignan, suntuoso, discreto y tibio, como una gran alcoba. Bruscamente recordó aquel salón en que no había ventana alguna aparente, tapizado por doble alfombra, espléndidamente iluminado, así de día como de noche, por diez bujías perfumadas. Fué un vértigo más, una nueva oleada de calor que precipitó su paso. Recordó luego las veces que la había poseído en otro tiempo y ese recuerdo de incitantes lujurias exasperó su deseo, queriendo convertir las lejanas memorias en realidades. Y, al propio tiempo que andaba, forjaba en su imaginación la mentira que contaría al día siguiente a Mariana: le diría que a causa de la comida de Beauchéne, habíasele escapado el tren. Detúvose un momento para dejar pasar un río de coches que le impedían el paso. Vió que estaba otra vez en los boulevares. A su alrededor continuaba el desfile de la muchedumbre, ansiosa del placer que esperaba encontrar en la cama. Sus sienes latían fuertemente y en sus oídos resonaban palabras, y en su cerebro surgían pensamientos que se resumían en el deseo de hacer como los demás; cometer fraudes, gozar, gozar sin descanso y no tener hijos. Pero, de repente, sintió un descorazon

namiento extraño. Su embarazo, su turbación crecían por momentos, y, en aquella hiteria de coches que privaban el paso, creyó ver un obstáculo que se oponía a su deseo. Una nueva imagen apareció: era la de Mariana, sonriente y confiada, cuya ternura le esperaba allá abajo, entre la paz y el silencio augusto de los campos. ¿Por qué no podrían ser prudentes los dos, durmiendo sin deseos, evitando ese quinto hijo que produciría la ruina? Juróse a sí mismo no tener más hijos y corrió aceleradamente, temiendo que le escapara el tren. No quería ver de nuevo el París inflamado, desbordante de gente. Llegó a tiempo para subir a un vagón e hizo el trayecto asomado a la ventanilla, dando la cara al viento fresco de la noche, como para lavarse de un mal deseo, que ardía aún en sus venas.

V

En el cielo sin luna centelleaban las estrellas, tan brillantes y puras que la vista abrazaba una gran extensión bañada por una atmósfera luminosa y azulada. Desde las once y cuarto Mariana estaba en el puentecillo de la Yeuse, a mitad del camino entre Chautebled y Jonville. Los niños dormían y los había dejado al cuidado de Zoé, la sirvienta, que hacía media junto a una lámpara cuya luz brillaba a lo lejos, como una chispa, sobre el fondo obscuro del bosque. Todas las tardes Mariana esperaba allí a Mateo cuando éste llegaba en el tren de las siete. A veces la acompañaban los dos gemelos, los mayorcitos de sus hijos,

Por más que a la vuelta les pesara mucho el trecho de cuesta que ya pasaran al ir al puente. Y aquella noche, aunque ya era muy tarde, no había podido vencer el deseo que sentía de ir al encuentro del hombre adorado, aprovechando lo magnífico del tiempo.

Nunca atravesaba el puente, sino que en él le aguardaba. Se sentaba en el pretil, ancho y bajo, y desde allí dominaba toda la llanura hasta las casas de Jonville, ceñidas por la línea férrea; de modo que, desde muy lejos, por el camino que serpenteaba entre los campos veía llegar a Mateo. Bajo la gran bóveda de terciopelo fulgurante, se sentó esperando. Por un movimiento instintivo que probaba su solicitud, volvióse hacia la luz que brillaba en Chautebled y que recordaba el sueño de los niños y la vigilancia de la criada. Luego su mirada abrazó durante un momento la vasta propiedad de los Seguín, que se perdía en los límites del horizonte. El pabellón del matrimonio estaba en la linde de los grandes bosques que, cortados por páramos se extendían sobre una gran meseta hasta las alquerías lejanas de Marenil y Lillebonue. Al Oeste se extendían otras cien hectáreas cuando menos de terrenos pantanosos, cubiertos de charcas ocultas por los juncales, vastos espacios sin cultivo en que se cazaban patos en invierno; en tanto que otra parte de la propiedad compuesta de grandes arenales, también estériles, bajaba, en suave pendiente, hasta la vía del ferrocarril. Era un rincón de tierra que no se aprovechaba para el cultivo, ya que los pocos trozos que parecían buenos quedaban ahogados por el conjunto, que no servía sino para coto de caza. Esa misma falta de cultivo, haciendo el sitio más agreste, le daba una paz profunda, tal como la desean las almas sanas que pueden vivir en plena natura-

leza, y que en vano se hubiese buscado en otra parte. Mariana, que había seguido ya con la mirada los atajos del bosque, explorando los juncales, abrazando el conjunto de los arenales, se fijó en la gran línea del horizonte, donde creía ver los sitios conocidos y agradables, envueltos ahora entre sombras. Desde el bosque un mochuelo lanzaba su grito acompasado, y más lejos resonaba el chirrido de las ranas. Al otro extremo del horizonte, hacia París, oíase un murmullo sordo, pero potente, que ahogaba poco a poco todos los ruidos de la noche. Mariana lo había oído, y acabó por escucharle con atención. Era el tren de vuelta del que conocía el ruido familiar, puesto que le acechaba todas las tardes. Desde que abandonaba la estación de Monval para ganar la de Jonville, empezaba a distinguirse su sorda trepidación; pero tan débil, que era preciso un oído muy ejercitado para distinguirlo de los demás ruidos. Pero ella lo oía y lo seguía paso a paso, dándose cuenta de todo su trayecto, de cada una de las curvas de la línea. Nunca lo había seguido tan fácilmente como aquella noche, merced al sueño de la tierra. Había salido de Monval, pasado las ladrillerías y atravesaba los prados de San Jorge. Dos minutos más y llegaba a Jonville. De repente, después de los álamos de Mesnil-Rouge, apareció el fuego blanco del tren al ras del suelo, en tanto que la locomotora acentuaba su respiración como la de un gigantesco corredor que apresura su carrera. Por aquel lado, y a excepción del fuego y de los dos faroles de la locomotora, la campiña parecía oscura, negra, manchada únicamente en lo más profundo por un resplandor rojo, que venía de París, de la gran ciudad que ardía y humeaba como un cráter de volcán. Mariana se había puesto en pie. El tren se detuvo en Jonville, después marchó

de nuevo hacia Vieux-Bourg. Por otra parte, ya no prestaba atención alguna a la trepidación del gigante y sólo tenía oídos y ojos para el camino, del cual distinguía la pálida cinta tendida a través de los campos que, de verdes, se habían convertido en negros. Su marido salvaba en menos de diez minutos el kilómetro que había que recorrer. Habitualmente le reconocía ya al salir de la estación e iba siguiendo su avance; pero aquella noche, a causa de la obscuridad, oyó mucho antes sus pasos que no vió su mancha oscura destacándose sobre el fondo del camino. Mateo la encontró de pie coronada por las altas estrellas, sonriente, sana, robusta, con su talle esbelto sobre las gruesas caderas, con sus pechos altos, menudos, ubérrimos, como los de todas las madres poderosas.

Tenía la piel blanca como la leche, blancura que resaltaba más por la negrura del pelo, abundante y fino, y de los ojos, grandes y cariñosos, en los que se retrataba la calma de la diosa de la fecundidad. Su frente recta y lisa, su boca, su nariz, su barba de un dibujo firme y puro, sus mejillas que semejaban dos sabrosas frutas, sus orejitas bellísimas, acusaban la salud y la belleza y la alegría del deber cumplido.

—¡Cómo! ¡has venido!—exclamó Mateo.—Te había dicho que no vinieras tan tarde... ¿No te da miedo ir sola por esos caminos?

Ella se echó a reír.

—¿Miedo, cuando la noche es tan pura y hermosa?... ¿Y luego, no querías que te aguardara para darte un beso diez minutos antes?

Mateo se sintió conmovido por estas palabras tan inocentes. Cuanto acababa de ver y oír en París, le dió horror. La había estrechado tiernamente entre sus brazos y cambiaban el más pro-

fundo, el más humano de los besos, en el seno de la paz inmensa de los campos dormidos. Después del pavimento de París, abrasado por la incansante lucha, por el celo estéril de la prostitución, bajo el incendio de las lámparas eléctricas, ¡cuán adorable y augusto el reposo que se respiraba en el seno de aquellas praderas, refrescadas por la obscuridad de la noche, ansiosas de concepción! ¡Cuánta salud y nobleza brotaban de la naturaleza siempre dispuesta a concebir, que no duerme bajo el rocío nocturno sino para despertar más triunfante, rejuvenecida sin cesar por la enorme ola de vida que anega hasta el polvo de los caminos! Lentamente Mateo había sentido de nuevo a Mariana sobre el pretil del puente y la tenía estrechada contra su corazón. Era como un reposo de ternura después de un camino largo, reposo a que no podían negarse y a que les invitaban los campos, las aguas, los prados, los bosques, que se extendían hasta lo infinito.

—¡Dios mío!—murmuró Mateo.—¡Cuán hermosa y admirable es esta noche, y cuán dulce es vivir!

Luego, después de unos momentos de arrobamiento en que ambos sentían el latir de sus corazones, le contó lo que había hecho durante el día.

—No, los Beauchéne no pueden venir a pasar aquí un domingo. Ya sabes que nunca hemos sido santos de la devoción de Constanza. Mauricio padece ahora de las piernas y Boutan ha explicado unas cosas acerca de los chicos... Ya te lo contaré. En cambio, vendrán los Morange. No puedes figurarte con qué vanidosa alegría me han enseñado su habitación. Mucho me temo que su obsesión de hacer fortuna les impulse a cometer alguna barbaridad... ¡Ah! me olvidaba. He estado a ver al propietario, que al fin ha consentido en hacer arreglar todo el techo. ¡Qué casa la de Seguin!

He salido de ella pasmado. Ya te lo explicaré luego.

Mariana escuchaba sin curiosidad, no preocupándose sino de él, de ella y de los niños.

—¿Has cobrado el mes?

—Sí, sí; tranquilízate.

—Estoy tranquila; lo digo únicamente por esos piquillos que debemos.

Luego preguntó:

—¿Y la comida ha ido bien? Tenía miedo que Beauchéne te entretuviera y se te escapara el tren.

Mateo se ruborizó en la obscuridad y sintió un malestar grande en tanto que contestaba que todo había ido perfectamente.

—¿Y qué has hecho tú con los seis reales?— preguntó a su vez.

—Hemos comido los cinco como príncipes,—replicó riendo,—y todavía me quedan treinta céntimos.

Entonces contó cuanto había hecho durante el día, su vida de siempre, transparente y pura como el cristal, lo que habían hecho los niños, todo hasta en sus más ínfimos detalles. Por otra parte todos los días se parecían y cada uno nuevo que apuntaba su existencia, lo recibía con contento.

—¡Ah! Hemos tenido hoy una visita; la señora Lepailleur, la del Molino, que ha venido a decirme que tenía pollos para vender... Como le debemos doce francos de leche y de huevos, creo que ha venido para ver si se los pagaba. Le he dicho que pasaría por su casa mañana.

Con un gesto había indicado una gran construcción negra, curso abajo del Yeuse. Era el Molino, como se le llamaba en Jonville, un molino movido por agua y que aun funcionaba. Tres generaciones de Lepailleurs lo había habitado. El dueño actual, Francisco Lepailleur, había traído del regimiento una dosis regular de vanidad y la idea

fija de aquel molino no podía enriquecerle como no enriqueció a su padre ni a su abuelo. Casóse entonces con la primogénita de un labrador de los alrededores, Victoria Cornu, que le trajo en dote algunos campos a orillas del Yeuse. El matrimonio vivía relativamente bien, con el producto de los campos y de las moliendas que algunos aldeanos llevaban al antiguo molino. Quizá aquel bienestar se hubiese convertido en fortuna, si se hubiese cambiado el mecanismo destartado del molino por uno moderno y si los campos, en vez de empobrecerse por el cultivo rutinario, hubiesen caído en manos de un labrador inteligente. Pero Lepailleur, además de su haraganería, sentía un desprecio profundo por la tierra. Era el labriego cansado de la eterna querida, que sus padres amaron con exceso, y que acaba por odiarla al ver que, a pesar de sus continuos trabajos, no le produce nunca la riqueza ni la dicha. No tenía fe en ella, la acusaba de ser estéril e ingrata como esas vacas que han trabajado demasiado y que hay que enviar al matadero. Era, en su sentir, una bancarrota en general; del suelo que se tragaba las semillas, del cielo que estaba loco, de las estaciones, que parecían haber alterado su orden natural, todo un desastre premeditado y cumplido por alguna potencia enemiga, contra los campesinos, bastante torpes para continuar dando a la madrastra su sudor y su sangre.

—Imagínate,—añadió Mariana,—que la Lepailleur ha venido con Antonio, su hijo, y que, al preguntarle cuándo le daría un hermanito, me ha contestado que los otros probablemente no se moverían de dónde estaban. Una mujer que no tiene sino veinticuatro años, y su marido veintisiete... ¿Hasta los aldeanos tienen ya esas ideas? Yo

creía que seguían la costumbre antigua, de hacer cuantos hijos se puede.

Estas palabras despertaron todas las preocupaciones y reflexiones de Mateo. Calló durante unos momentos

—¿Debe haberte explicado el por qué?

—¡Oh! En cuanto ella, con aquella cabeza acaballada, sus ojos fríos y sus labios delgados de avara, creo que es una tonta que admira a su marido porque se ha batido en Africa y sabe leer los periódicos. No he podido sacarle sino que los hijos cuestan más que no producen... El marido es el que debe tener esas ideas. ¿No le has visto? Con su cara pálida y el cuerpo flacucho y largo como una percha, tiene la facha de ser un solemne gandal. Me parece haber comprendido que si no quiere más hijos es porque guarda rencor a su suegro por haber tenido cuatro, mermando así la dote de su mujer. Y como el molino no enriqueció a su padre, se pasa la vida vomitando pestes contra él y afirma que dejará que Antonio vaya a París a comer pan blanco, si halla un buen empleo.

Mateo oía en boca de la gente del pueblo las mismas razones aducidas por Beauchéne y Morange para no tener familia: el temor de la partición de la herencia, la necesidad de subir un escalón social, el desdén del trabajo manual por la sed del lujo de que disfrutaban los otros. Ya que la tierra no producía ¿por qué empeñarse en cultivarla con tanto encarnizamiento? A pique estuvo de explicárselo a Mariana. Al cabo se limitó a decir:

—No tiene razón en quejarse. Posee un caballo, dos vacas, y cuando el trabajo apremia puede alquilar un mozo que le ayude. Nosotros teníamos seis reales esta mañana y ningún molino, ni siquiera un campo... A mí me parece soberbio, su mo-

lino. Cada vez que lo veo lo miro con envidia. ¡Qué molineros haríamos! Y de fijo que seríamos muy felices

Se echaron a reír, y permanecieron un rato aun sentados contemplando la masa oscura del molino, a orillas del Yeuse. El riachuelo corría mansamente entre los plátanos de las orillas y por entre las plantas de agua que rizaban su cristal. Más allá, rodeado de viejos robles, se levantaba el gran cobertizo que abrigaba las muelas, y los edificios cercanos adornados con enredaderas y parras. De noche, sobre todo, cuando dormía sin una luz, sin un ruido, nada tan bello como aquel molino vetusto y venerable.

—¡Toma!—exclamó Mateo.—hay alguien allí, bajo los sauces, junto al agua. He oído ruido.

—Sí,—replicó Mariana,—ya me figuro quién es. ¿Sabes que hace poco ha venido a vivir aquí ese matrimonio joven, los Angelin, cuya señora había ido al colegio con Constanca?

Aquella pareja les era simpática. La mujer era joven, alta, esbelta, sana, alegre, de la misma edad que Mariana; él tenía unos años más, pocos, alegre también, bullicioso como un mosquetero, con unos grandes bigotazos. Se habían casado enamoradísimo y tenían unos diez mil francos de renta, que él, pintor de abanicos, hubiese podido doblar sin la pereza invencible en que le sumía el amor exigente de su esposa. Aquel verano habíanse refugiado en aquella soledad de Jonville, para poder amarse apasionados y libremente a la faz de la naturaleza. Se les encontraba por todos los senderos. Por los bosques, amorosamente enlazados, buscando un rincón tapizado de hierba y oculto por el ramaje. Por la noche, sobre todo, iban siempre a través de los campos, a orillas del Yeuse, felices cuando podían pasar unas horas de mu-

fua adoración escuchando el murmullo de las aguas del río.

—Otra que no quiere hijos,—repuso Mariana.— Me dijo el otro día, que no quería tenerlos hasta los treinta años, para gozar de la existencia con su marido, evitando una maternidad que le robaría mucho tiempo. Y él la aplaude, creo que por temor de que se estropee el talle y de que deje de ser su amante durante la preñez y la lactancia. Así es que aun cuando se pasan la vida besándose, se la arreglan de modo que sólo disfrutan del placer... A los treinta años afirman que tendrán un hijo hermoso como el sol.

Y como Mateo, pensativo, no contestara, añadió Mariana:

—Si pueden.

Mateo reflexionaba. ¿Se sabe acaso nunca en qué consisten la prudencia y la sabiduría? ¿No era verdaderamente delicioso aquel amor que vivía de sí mismo, en plena campiña? Recordó el juramento que había hecho en París de no tener más hijos.

—¡Bah!—murmuró,—cada uno vive como le parece... Les estorbamos; vamos a acostarnos.

Despacito tomaron el estrecho sendero que conduce a Chantebled. Ante sus ojos, como un faro, veían la claridad de la lámpara que ardía ante una ventana del pabellón, claridad quieta y perdida entre las tinieblas del bosque. No hablaban, sobrecogidos por la majestad de la noche y marchaban despacio hacia aquella casita en que dormían tranquilos sus hijos. Cuando hubieron entrado, Mateo cerró la puerta echando el cerrojo, luego subieron a tuestas procurando no hacer ruido. La planta baja se componía, a la derecha de un corredor, de una sala y un comedor; a la izquierda, de la cocina y la cochera.

En el primer piso había cuatro habitaciones. El modesto mobiliario, traído de París, no se veía en aquellas piezas desmesuradas; pero poco les importaba aquello y, por el contrario, les causaba alegre risa. Todo el lujo consistía en haber puesto en las ventanas cortinas de indiana roja, cuyos reflejos eran agradables a la vista.

—Seguramente Zoé se ha dormido,—dijo Mariana, no oyendo ningún ruido.

Así era en efecto. La aldeana se había dormido tranquilamente, pasando del trabajo al sueño. Fué preciso despertarla, oír sus disculpas y recomendarla que se acostara haciendo el menor ruido posible a fin de no despertar a los niños. Mateo había entrado en el cuarto de éstos para verlos y besarlos. Rara vez se despertaban. Contemplábalos su padre, cuando Mariana entró. En la cama del fondo dormían Blas y Dionisio, dos angelotes robustos de seis años, los gemelos. En otra cama, Ambrosio, de cuatro años, sano y colorado como una manzana. En la de enfrente Rosa, destetada hacía tres semanas, a los quince meses, que dormía medio desnuda, ofreciendo la encantadora florescencia de sus blancas carnes. Su madre la tapó con cuidado, en tanto que Mateo arreglaba la almohada de Ambrosio, que se había escurrido. Los dos, de puntillas, satisfechos y alegres, se inclinaban hacia aquellas caritas de ángel, cuidando de no hacer ruido, sonriéndose uno a otro. Los besaron y cuando iban a salir se detuvieron, creyendo que Blas y Dionisio habían despertado. Al fin Mariana tomó la lámpara y salieron ambos de puntillas, como habían entrado.

—No he querido decírtelo antes; pero Rosa me ha alarmado hoy; no es nada. Si hubiese sido cosa de cuidado no hubiera yo salido. No es nada, te digo. ¡Ea! Acostémonos, que ya han dado las

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

doce. Y para dar el ejemplo, se desnudó tranquilamente ante la abierta ventana, sin temer que la vieran otros ojos que los de las innumerables estrellas. Cuando se hubo quitado las sayas, el cuerpo y el corsé, quedó un momento ante el espejo para recogerse el pelo, que, tendido, le llegaba a las curvas. Mateo parecía no haberla oído. En vez de desnudarse, se había sentado junto a la mesa. Sacó del bolsillo los quince luisas, los trescientos francos de su mensualidad, y después de haberlos contado dijo con entonación de amarga broma:

—Ahí los tienes. Ni uno más ni uno menos. No han parido en el camino. Paga las pequeñas deudas.

Esta última palabra le sugirió una idea. Sacó su cartera y tomó el lápiz.

—¿Cuánto debemos de leche y huevos?

—Doce francos.

—¿Y al carnicero?

—Unos veinte.

—¿Y al droguero?

—No lo sé a punto fijo. Veinticinco o treinta. Y ya no hay más.

—Pongamos treinta. En junto hacen sesenta y dos francos. Nos quedan doscientos treinta y ocho francos, unos ocho francos por día... ¡Ya somos ricos! Tenemos que hartar siete bocas, sin contar que Rosa puede enfermar.

De pie, en camisa, desnudas las piernas y los redondos brazos, Mariana estaba adorable e incitante con su belleza completa y sana de mujer fecunda, de hembra apta para la concepción. Viendo el malhumor de su marido se echó a reír. A ella no la abandonaba la confianza.

—¿Qué te pasa esta noche, tontillo? ¿Tú que siempre esperas un milagro para mañana, te descorazonas ahora? En cuanto a mí, ya sabes que

soy la mujer más rica y dichosa del mundo... Ven a acostarte, la fortuna aguarda que apagues la luz para entrar.

Tenía ganas de bromear, de jugar como una niña. Saltando ligeramente se echó en la cama y tendió los brazos con un movimiento de tierna atracción. Pero él no le hacía caso y empezó a mascullar palabras sin fin, que denunciaban las impresiones del día.

—Es que al cabo le pesa a uno lo que le pasa. Entrar en esta casa tan pobre después de haber visto el insolente lujo de los otros... Ya sabes que no tengo ambición ni envidia, que jamás sueño en una gran fortuna. Pero ¿qué quieres? Hay horas en que sufro por vosotros, en que quisiera adquirir una fortuna para ti y para los niños; cuando menos salvaros de la miseria que nos amenaza... Estos Beauchéne, con su fundición, con su Mauricio, que educan para ser uno de los príncipes de la industria, me hacen pensar que moriremos de hambre nosotros dos con nuestros cuatro hijos. Y esos pobres Morange que sueñan con dotar regaladamente a su hija única, que van a la caza de un empleo de doce mil francos; también sienten un cariñoso desdén hacia nosotros. ¡Si hubieses visto las bromas que me han dado los Segufn acerca de mis hijos, ellos que tienen millones y que no quieren más que un niño y que una niña! Hasta esos Lepailleur que afirman que no quieren más que un chico; indirectamente nos dicen que temen no cobrar porque tenemos cuatro... A punto fijo que jamás tendremos una fundición, ni un palacio, ni un molino, y lo probable es que yo jamás gane doce mil francos. Los demás lo tienen todo y nosotros nada; esto es claro como el agua. Yo me resignaría de buen grado como tú lo haces, hija mía, si no me dijera que de nuestras estre-

checes tenemos nosotros la culpa... ¡Sí, sí! ¡Somos culpables porque somos imprevisores!

A medida que su marido hablaba, sentía Mariana una sorpresa que iba creciendo por momentos. Se había incorporado, descubriendo su belleza firme y blanca, coronada por la mancha oscura de su cabellera, y en su rostro de leche fulguraban sus negros ojos muy abiertos.

—No sé qué te pasa esta noche,—repitió.—Tú tan bueno y generoso, que no piensas jamás en el dinero, ¿te pones ahora a pensar como Beauchéne? Debes haber pasado un mal día. Acuésate y olvida tu malhumor.

La obedeció y se desnudó lentamente, murmurando:

—Sí, voy a acostarme y a dormir. Pero no por eso deja de ser esta casa una mala barraca, donde se mojarían esta noche mis hijos si lloviese. ¿Cómo quieres que no haga comparaciones? ¡Pobres chiquillos! Yo soy como todos los padres y quisiera verles felices.

Iba a meterse en cama, cuando le pareció oír ruido en el cuarto de los niños. Vaciló un momento y al fin tomando la lámpara, fué allá descalzo y procurando no hacer ruido. Cuando al cabo de un momento volvió, Mariana estaba sentada en la cama, alargando la cabeza, con el oído atento, pronta a saltar al suelo.

—No es nada; es que Rosa se ha vuelto a desahogar. Duermen los cuatro como angelitos.

Después de poner el quinqué sobre la mesa:

—¿Lo apago?

Y lo hizo. Cuando se dirigía a cerrar la ventana, Mariana le detuvo.

—No, déjala abierta. ¿No ves qué noche tan hermosa? Ya cerraremos cuando vayamos a dormirnos.

Era verdad; ningún espectáculo comparable al de esa noche tibia y perfumada. A lo lejos parecía oírse la respiración de la tierra dormida en brazos de la fecundidad. Y sin embargo, en aquel reposo misterioso y sagrado, se sentía palpitar la vida, el amor, que agita las hierbas, los bosques, las aguas, los campos, hasta en el sueño, sin fin y sin tregua. Ahora que la luz no ardía, veíanse fulgurar las estrellas en el desmedido firmamento, que continuaba incendiado por el reflejo de París, que se elevaba, como escapado de un cráter, enfrente de la cama de los esposos.

Mateo estrechó tiernamente a Mariana entre sus brazos y la retuvo apoyada contra su corazón, sintiendo palpitar su cuerpo esbelto y robusto. La dijo al oído:

—Muñeca mía, comprende que únicamente pienso en vosotros... Los demás, que son ricos, saben evitar un exceso de niños, y en cambio nosotros, los pobres, los engendramos uno tras otro, sin contar. Cuando se piensa en ello se ve la impresión. El nacimiento de Rosa nos ha arruinado, obligándonos a refugiarnos aquí, pues antes íbamos tirando, sin contraer deudas. ¿Qué te parece?

No contestó; no desató los brazos que la ceñían como una fresca caricia; pero una opresión extraña ahogaba su pecho.

—No me parece nada, hijo mío; no he pensado nunca en esas cosas.

—¿No ves lo que nos sucederá si tenemos otro niño? Ese día sí que tendrán razón los que se burlan de nosotros, al decirnos que si somos desgraciados es por nuestra culpa... Pues bien, he hecho un juramento: que no tendremos más hijos, que nos arreglaremos para no tener el quinto... ¿Qué te parece, alma mía?

Esta vez, soltó ella los brazos instintivamente y

Mateo sintió un estremecimiento sobre su piel.
—Pienso que debes tener razón. ¿Qué quieres que te diga? Tú eres el dueño y haremos lo que quieras.

No era ya la amante, la esposa, la que estaba junto a él; era otra, la mujer pasiva, resignada a ser sólo un instrumento de placer. Y vió claramente que no le comprendía, preguntándose azorada por qué y a propósito de qué le decía aquello.

—Supongo que no te enfadas, monina. Esto no impedirá que gocemos y nos amemos. Y no se burlarán de nosotros, puesto que haremos lo mismo que ellos. Siempre serás mi adorada mujercita.

La atrajo, la abrazó más estrechamente, buscó sus labios, en tanto que ella decía, sintiendo un malestar y una repulsión indecibles:

—Sí, ya te entiendo... Haz lo que quieras; a ti te toca pensar en lo porvenir.

Y rompió en sollozos, escondiendo su juvenil cabeza en su pecho para ahogar las lágrimas que él sentía correr abrasadoras. A su vez sentía Mateo una especie de repugnancia sorda, un gran descontento de sí mismo.

—No llores querida... Soy un tonto, un bruto hablándote de esas cosas cuando te tengo entre los brazos. Reflexiona, ya hablaremos otra vez... No llores, duerme aquí sobre mi pecho, como las noches en que nos queremos mucho...

Era aquella su costumbre. Todas las noches apoyaba Mariana su cabeza en el hombro de su marido, y así se dormía contenta y cariñosa, en tanto que él esperaba a que el sueño fuera profundo para poner su cabeza sobre la almohada, con infinitas precauciones.

—Ea, duerme, duerme. No voy a atormentarte más.

No lloraba, callaba, apretada contra él. Y es

peró Mateo que se dormiría en tanto que él, con los ojos abiertos, reflexionaba, contemplando el parpadeo de las estrellas.

La luz que emanaba de París, despertó de nuevo los recuerdos de su última jornada. A esta hora, Beauchêne debía dejar a Norina para ir al domicilio conyugal, harto de carne como un ogro. ¿Por qué no se había atrevido a contar a Mariana aquella aventura de Norina y de su primo? Entonces comprendió todo lo que tenía de vergonzoso y bajo. Luego, como una náusea, le asaltó el recuerdo de la porquería que estuvo a punto de cometer, yendo a pasar la noche con Serafina. En aquellos momentos estaría con ella. Aquel pensamiento en su cama, teniendo sobre su pecho la cabeza de Mariana, le avergonzó. Sería acaso aquel deseo de una hora, parecida a una crisis morbosa, lo que había obscurecido su inteligencia y echado a perder su cerebro. Preciso era que le hubiese ocurrido algo anormal para sentir deseos que jamás tuviera.

Empezaba a extrañarse de que hubiese podido decir lo que dijo, cuando el día anterior, el solo pensamiento de tener que decirlo le habría repugnado. Mariana no se dormía como habitualmente. Por más que cerraba los ojos y estaba inquieta, Mateo adivinaba que estaba enfadada, que sufría pensando que él la quería muy poco. Desaparecía ya su sed de riqueza y le era preciso un violento esfuerzo para recordar los razonamientos de Beauchêne, Seguín y Morange, que anhelaban mayor fortuna para dejarla a un hijo único. Pero las teorías de Santerre le martillaban aún los sesos, pues no podía negar que los más inteligentes eran los menos fecundos, y que los niños crecían siempre sobre el estercolero de la miseria. Pero aquello

no era quizá sino un hecho social que dependía del estado de la sociedad en que se realizaba. La miseria provenía de la injusticia de los hombres y no de la avaricia de la tierra, capaz de nutrir a una humanidad decuplicada el día en que quedase resuelta la cuestión del trabajo necesario repartido entre todos, en bien de la salud y del bienestar. Si era verdad que diez mil dichosos eran preferibles a cien mil desdichados, ¿por qué esos cien mil no podían hacer un esfuerzo para adquirir y crear a su vez en lugar de castrar la naturaleza, para asegurar el egoísmo de los diez mil? Y fué para él un gran consuelo pensar que la fecundidad había producido siempre las civilizaciones y que era ese deseo de los desheredados por el bienestar a que tenían derecho, lo que había sacudido a los pueblos y elevádolos hasta la justicia y la verdad. ¡Era preciso ser muchos para tomar de la tierra toda la vida, todos los frutos que guardaba en su seno! Ya que la fecundidad producía la civilización y que ésta decidía a su vez de aquélla, podía esperarse que el día en que no habría sobre el haz de la tierra sino un pueblo solo, unido por lazos fraternales, se establecería un equilibrio definitivo. Pero, hasta entonces, era justo y lógico procurar que no se perdiera una sola semilla, que todas diesen su fruto a fin de que pululara la raza de los hombres, de los que cada uno es una fuerza y una esperanza. El murmullo prolongado, indistinto, que penetraba por la abierta ventana y que oía Mateo, no era sino el estremecimiento de la fecundidad eterna. Escuchaba y se sentía invadido por aquel estremecimiento y por el ligero aliento de Mariana, que no dormía, pero estaba inmóvil, apretada contra él. Todo germinaba y se esponjaba en aquella estación de los amores. Del firmamento

sin límites, de la palpitación de las estrellas, caía sobre la tierra la ley del universal emparejamiento la atracción que rige los mundos. De la vasta llanura, de la inmensa tierra, tendida en la sombra como una esposa en brazos del esposo, ascendían las delicias del espasmo generador, el murmullo de las aguas dichosas henchidas de millones de millones de óvulos, el suspiro de las selvas llenas de animales en celo, de árboles rebosantes de vida y savia, el poderoso aliento de la campiña que por todas partes se abría para dar paso a la semilla que rompía en nuevas existencias. Pensó en los millones de semillas perdidas, secadas o podridas, que substituían sin cesar otras nuevas, más fecundas y vivaces. En esos campos del mes de Mayo, tibios y transportados por el engendramiento universal, no había en aquel momento sino dos seres voluntariamente infecundos, aquellos amantes asesinos tan alegres y dichosos que se besaban a orillas del Yeuse, bajo los sauces, con los refinamientos estériles cantados por los poetas.

Entonces, y por el influjo exterior, no hubo en Mateo ni reflexión, ni prudencia, ni precauciones, ni se acordó de la fortuna, ni pensó en la miseria; no vió en él más que el deseo, el eterno e insaciable deseo, que ha creado los mundos y que continúa creándolos aún, sin que la concepción ni la natalidad cesen un solo instante. El alma entera de los mundos y de las razas se resume en el deseo, que conmueve la materia y convierte los átomos en inteligencia, en poder, en soberanía.

Y no podía oponerse a su deseo, que lo poseía por completo, y le arrastraba con la fuerza invencible y soberana, que crea y propaga la vida. Bastó que sintiera el suave aliento de Mariana dando calor a su cuello, para que una llamarada corriera por sus venas. Y mientras tanto ella, continuaba

sin dormir, apesadumbrada, inquieta. Pero de ella emanaba el victorioso deseo; del raso de sus brazos y de su pecho, del olor de su piel fina, y de sus negros cabellos. La maternidad, en vez de destruir su belleza, la había perfeccionado, amplificado, dándole una plenitud de formas, una firmeza de músculos que encantaban. Tenía la belleza deslumbradora de la madre, al lado de la que queda anulada la belleza de las vírgenes.

Mateo estrechó apasionadamente a Mariana.

—¡Ah! querida mía... he dudado de nosotros mismos... Ni tú ni yo dormiremos hasta que me habrás perdonado.

Ella sonrió, abandonándose contenta a la ternura de que había sentido nacer la triunfante llama.

—¡Oh! Yo no he dudado; ya sabía que volverías a quererme.

Hubo un prolongado abrazo de amor ante la noche espléndida que entraba por la ventana y envolvía las aguas, los bosques, los prados en plena concepción. La savia de la tierra, ascendía entre las sombras, embalsamando el aire. Era el estremecimiento del espasmo de millares de seres, la concepción necesaria, continua, de la vida que da la vida. Y la naturaleza entera, una vez más, quiso que un nuevo sér fuese concebido.

Mariana detuvo con un gesto a Mateo y se incorporó escuchando.

—¡Oye!

Los dos escucharon, deteniendo la respiración.

—¿Crees que se despiertan?

—Sí, me ha parecido que se movían.

Luego, viendo que aquello fué una falsa alarma y que los niños dormían entre la paz de la inercencia, se echó a reír, un poco burlesco.

—¡Nuestros cuatro desdichados!... ¿Ya no te im-

porta darles un hermanito más, desdichado como ellos?

El le cerró la boca con un ardiente beso.

—¡Calla, soy un torpe! Poco me importa que se rían de nosotros, que se burlen. ¡Nosotros somos los buenos y los previsores!

Y tuvieron la soberbia de la divina imprevisión. En su posesión zozobraron todos los bajos cálculos, y no quedó sino el amor que tiene confianza en la vida y dispuesto siempre a crearla. Si al estar uno en brazos del otro hubiesen hecho alguna restricción no cumpliendo por entero el acto, no hubieran creído amarse en absoluto. El lazo vivo se hubiese desatado, creyendo tratarla como a una desconocida, y ella hubiese creído que no era aquel su esposo. Se dieron uno a otro por entero, y dejaron que la vida cumpliera su obra, si quería. ¡Ah! ¡Cuán deliciosa esa ternura infinita, que es salud y belleza! Fué un acto de la fe que tenían en la vida, un cántico a la fecundidad, creadora generosa e inextinguible de los mundos. El deseo es la eterna esperanza. Ya está la semilla en el surco: germine ahora y cree vida, humanidad, inteligencia, poder. La amorosa noche de Mayo se ha estremecido de alegría; las estrellas y la tierra se han extasiado al unisono con la esposa. Más alta que el deseo tempestuoso, queda una dicha humana, la de la concepción, un sér más; no miseria, sino fuerza, verdad, justicia más poderosas. La concepción de aquel sér, átomo vivo lanzado entre los seres, es sagrada y augusta, de incalculable importancia, decisiva quizá.